

**“Y A MEDIDA QUE EL TRABAJO DE LA MUERTE
AVANZABA, Y EL AIRE SE VOLVÍA MÁS CALMADO,
LOS RUIDOS DE LA ARTILLERÍA PESADA PARECÍAN
SACUDIR LOS TECHOS DE LAS IGLESIAS SOBRE LAS
ATERORIZADAS GENTES QUE SE REUNÍAN EN ELLAS”.**
LA OTRA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

M^a TERESA CORCHADO PASCASIO

Universidad de Extremadura

Resumen

La Guerra de la Independencia, según la denominación tradicional de la historiografía española o *The Peninsular Wars*, como se suele denominar ese acontecimiento por los historiadores de habla inglesa, se perfila como uno de esos momentos en que las relaciones hispano-británicas adquieren una intensidad especial. De esa colaboración, de ese acto de comunicación intensa entre combatientes de un mismo enemigo, surgen unas manifestaciones literarias y muchos más relatos y diarios escritos por oficiales e incluso simples soldados del ejército de su majestad que contienen todo un tesoro de anécdotas, descripciones, y, principalmente, valoraciones dignas de analizar y hasta de disfrutar. Se trata, en este caso, de una recopilación de vivencias muy personales, en la mayoría de las ocasiones muy dolorosas, como cabría esperar de una guerra, y que a menudo ofrecen juicios y opiniones de España y Portugal que revelan una actitud paternalista y crítica.

Abstract

The Guerra de la Independencia, according to the traditional Spanish historiography, or *The Peninsular Wars*, the name given to that event by the English historians, is outlined as one of those moments when the English-Spanish relationships achieve a special strenght. From that fighting together against the same enemy, some literary works emerge and many more diaries and accounts written by officials or mere soldiers of the British Army which can be considered a valuable source of anecdotes, descriptions and apprecia-

tions worth analysing. It is, in this case, a compilation of personal experiences, most of the times very painful, with opinions of Spain and Portugal that reveal a condescending attitude.

Palabras clave

Guerra Independencia – Relatos – Militares.

Key words

Independence War – Accounts – Officials.

La Guerra de la Independencia, según la denominación tradicional de la historiografía española o *The Peninsular Wars*, como se suele denominar ese acontecimiento por los historiadores de habla inglesa, se perfila como uno de esos momentos en que las relaciones hispano-británicas adquieren una intensidad especial. Baste recordar que en el marco histórico de la expansión de la Revolución Francesa por Europa llevada a cabo por la Francia de Napoleón, España no se verá involucrada en una batalla naval que dará al traste con su poderío marítimo, sino que luchará en tierra, en una guerra no declarada, para expulsar de su suelo al francés. La ironía de la historia ha querido que en estos dos acontecimientos, el de Trafalgar y el de la resistencia guerrillera, españoles y británicos se relacionen de distinta manera. En el primero, como todos sabemos, como enemigos, pues la España oficial, invocando el viejo pacto de familias dinásticas lucha codo a codo con los franceses contra la marina británica. En el segundo, que es no sólo el que más nos interesa aquí desde la perspectiva de los relatos y la literatura de viajes, sino también el más fructífero, como aliados y amigos. En efecto, desaparecida del escenario bélico la España oficial, por así decirlo, será el pueblo, levantado en armas contra la presencia francesa, el que a partir del 2 de mayo lucha contra los franceses y, al menos a lo largo de la raya que divide y une a los dos países ibéricos, codo a codo con los soldados británicos. De esa colaboración, de ese acto de comunicación intensa entre combatientes de un mismo enemigo, surgen unas manifestaciones

literarias y muchos más relatos y diarios escritos por oficiales e incluso simples soldados del ejército de su majestad que contienen todo un tesoro de anécdotas, descripciones, y, principalmente, valoraciones dignas de analizar y hasta de disfrutar. Se trata, en este caso, de una recopilación de vivencias muy personales, en la mayoría de las ocasiones muy dolorosas, como cabría esperar de una guerra, y que a menudo ofrecen juicios y opiniones de España y Portugal que revelan una actitud paternalista y crítica. Aunque muchos de los relatos podrían considerarse verdaderos tratados de tácticas militares –no en vano la mayoría han sido escritos por militares británicos; o incluso podrían definirse como estudios históricos o geográficos de la Península Ibérica en aquellos años, la selección de los textos que aquí se muestra corresponde más bien a la descripción cercana del participante de la guerra y a los sentimientos que de uno u otro signo produce, en última instancia, un acontecimiento como la Guerra de la Independencia.

Como en cualquier conflicto bélico, la participación de un determinado país en el mismo no siempre concita un consenso unánime. Muy al contrario, a menudo existen opiniones encontradas y la intervención de Gran Bretaña en esta guerra no será una excepción. Robert Southey, en su *History of the Peninsular War*, relata las discusiones que se produjeron en su país a este respecto. Así, estaban aquellos políticos que consideraban que eran precisamente los ingleses los que deberían merecer el odio y el desprecio de Portugal ya que habían sido los causantes de sus desgracias, y los que se preguntaban:

“¿Quien hay lo suficientemente loco para esperar que nosotros seamos capaces de echar a los franceses de la Península por las armas o negociando? ¿Dónde está ese hombre en sus cabales que crea o que diga que cree que seremos capaces de conseguir eso? Supongamos que la paz sea el tema de discusión, ¿hay alguien que crea que Napoleón se avendrá a negociar sobre España y Portugal? ¿Hay alguien que crea que no debemos dejarles a su destino?”¹.

¹ R. SOUTHEY, *History of the Peninsular War*, London, John Murray, 1838, p. 125.

Los propios combatientes de la guerra se cuestionan si el sacrificio que hicieron los británicos en nombre de España y Portugal, que no había sido hecho por ningún otro país anteriormente, merecía la pena:

“El sacrificio que los principios británicos, el honor británico y la libertad británica hicieron en su nombre [España y Portugal] no ha sido nunca antes hecho por ninguna otra nación a la vista del mundo y en nombre de otro. ¿Lo merecían? El tiempo todavía no lo ha demostrado, pero lo hará”².

Cuando Badajoz, ciudad al oeste de España y fundamental en el avance del ejército británico, es sitiada por primera vez, son muchos los habitantes que consiguen permiso de Phillippon, el gobernador francés, para abandonar la ciudad en dirección a Alburquerque y dejar atrás sus casas y familiares. Y es desde allí, en lo alto de su castillo, desde donde muchos se preparan para el comienzo de la batalla en Badajoz y aunque, como dice Walter Henry, “every shot they now heard might be pregnant with the fate of some dear relative”, también es verdad que

“no había ninguna muestra impropia en el comportamiento de los hombres allí reunidos, ni ninguna expresión de violencia emocional por partes de las damas. Su conducta me produjo una impresión favorable sobre el carácter de los españoles. Lo único que querían es que acabara pronto”³.

El ataque a Badajoz es inminente por lo que se evacuan los hospitales hacia Altar de Chao, un hospital en el Alentejo portugués. Desde Campo Mayor, se sabe que esa noche del 6 de abril la ciudad de Badajoz va a ser asaltada:

² Rev. R. COBBOLD, *Mary Anne Wellington, The Soldier's Daughter, Wife, and Widow*, London, Henry Colburn, Publisher, 1846, p. 114.

³ W. HENRY, *Trifles from My Port-Folio or Recollections of Scenes and Small Adventures during Twenty-Nine Year's Military Service in the Peninsular War and Invasion of France*, Quebec, William Neilson, 1839, pp. 66-7.

“Durante esa noche crucial pocos son los que durmieron en Campo Mayor. Los sacerdotes oficiaban servicios religiosos en las iglesias, pidiendo el éxito, y toda la población adulta se dedicó a rezar o a cruzar las calles con gran agitación y alarma. Durante todo este tiempo, los sonidos del sangriento conflicto eran horribles, y a medida que el trabajo de la muerte avanzaba, y el aire se volvía más calmado, los ruidos de la artillería pesada parecían sacudir los techos de las iglesias sobre las aterrorizadas gentes que se reunían en ellas”⁴.

Después de una noche de espera, llena de rezos y velas, ven llegar a la mañana siguiente a un jinete que agita su sombrero en señal de victoria. Campo Mayor se llena con el grito unánime de ¡Vivan los ingleses!

Cuando este cirujano llega a Badajoz la escena que encuentra es la opuesta a lo que esperaba. Cuando pensaba encontrarse con una ciudad en calma, atendiendo a sus heridos y preparándose para enterrar a sus muertos, lo que ve es

“una escena de la más espantosa embriaguez, violencia y confusión. Grupos de hombres borrachos, faltos de toda disciplina y contención, empujados por sus pasiones más bajas, iban vagando y dando tumbos; disparando a las ventanas, abriendo cerraduras de puertas con las descargas de sus mosquetes, saqueando, disparando a cualquiera que se les opusiera, violando y cometiendo horribles excesos y en algunas ocasiones destruyéndose ellos mismos. Había muchos portugueses, pero la mayoría eran soldados ingleses”⁵.

Cuando recorre la ciudad le extraña ver que, por una especie de acuerdo tácito, no se produce ninguna reacción ante los horrores sufridos y que los habitantes deciden callar ante lo que han vivido aunque “casi todo el mundo de cierta respetabilidad en la ciudad había sido ultrajado,

⁴ *Ibidem*, pp. 70-1.

⁵ *Ibidem*, p. 72.

bien en sus propiedades o en lo más sagrado de su familia, parientes o amigos”⁶.

En términos parecidos se expresa el autor de *Recollections of the Eventful Life of a Soldier*, recogido en *Tales of the War; or Naval and Military Chronicle*, al hablar de esta misma escena, es decir, cuando acaba la batalla en Badajoz:

“Apenas habíamos cruzado la puerta [de la ciudad], cuando cada regimiento de la división se mezcló indiscriminadamente, y se produjo una escena de confusión que imposibilita cualquier descripción: cada uno corría por donde le apetecía, rompiendo las puertas, rebuscando en las casas, y rompiendo sin ningún miramiento cualquier mueble de valor que encontraban en ellas. [...] Lo primero que hizo la mayoría fue buscar los almacenes de bebidas, donde, después de haber bebido una cantidad considerable, estaban listos para todo tipo de bellaquerías. [...] El efecto de la bebida empezó a mostrarse ahora, y algunas de las escenas que siguieron son demasiado horribles y desagradables como para contarlas”⁷.

Thomas H. Hewitt le cuenta en una carta a su mujer Mary Anne Wellington cómo cuando el fuerte de San Cristóbal se rinde, empieza el saqueo; y al no existir ya enemigo, los hombres se sacian como bestias con todo lo que encuentran. Robos, asesinatos, masacres, violencia, brutalidad y cualquier clase de libertinaje. Hewitt contempla con horror y sin poder hacer nada cómo hombres y mujeres indefensos son asesinados por soldados borrachos en la calle con las bayonetas; cómo arrancan del cuello las joyas a las mujeres más elegantes; cómo masacran a las madres y arrojan por las ventanas a los niños. Este militar presencia una escena que relata a su mujer:

“Un soldado vil le pedía a un joven español que le diera a su hermana que se escondía detrás de él. El español resistía valientemente aunque

⁶ *Ibidem.* p. 74.

⁷ London, William Mark Clark, 1836, p. 63.

sólo tenía un estilete para defenderse. La madre con rapidez se colocó entre su hijo y el soldado y éste les pasó la bayoneta a los dos. Cayeron uno en brazos de la otra y murieron. La chica parecía loca. Agarró el estilete de su hermano, saltó al cuello del soldado y se lo clavó en la garganta”⁸.



“The Devil’s Own” Regimiento 88 en la Batalla de Badajoz,
de Richard Caton Woodville Jr.

Hewitt recoge a la niña y la lleva al campamento. Más tarde localizan a su padre y la devuelven a la ciudad.

La gloria de la conquista de Badajoz no puede disfrutarse ante tantas atrocidades y Wellington, ignorante de tamaña iniquidad hasta ahora, decide mandar una brigada a la ciudad con órdenes expresas de imponer castigos inmediatos a los maleantes.

Edward Costello describe en su libro esa imagen de Badajoz al final de la batalla donde, en una noche oscura,

⁸ Rev. R. COBBOLD, *op. cit.*, pp. 149-51.

“la confusión y el tumulto que reinaban en la ciudad era mejor imaginarlos que describirlos. Los gritos y juramentos de soldados borrachos en busca de más licor, las noticias de disparos y roturas de puertas, junto con los terribles gritos de mujeres desventuradas, podrían inducir a cualquiera a creerse en el infierno”⁹.

Este soldado inglés participa también en los robos de comida y bebida en las casas de los españoles; el dinero que encuentran se lo reparten entre todos. En una de las calles de Badajoz se encuentra al Duque de Wellington rodeado de soldados con botellas de vino y otros licores en la mano que, al familiar apelativo de “Old boy”, le ofrecen bebida gritando al mismo tiempo “la ciudad es nuestra, hurra!”. Sin embargo, pone cuidado en señalar que las atrocidades personales son obra de las tropas portuguesas, no de las inglesas. De alguna manera, Costello intenta excusar un comportamiento a todas luces execrable e inadmisibles:

“Es lamentable que los recuerdos de un viejo soldado se vean afectados por reflexiones tan dolorosas como las que las imágenes anteriores pueden causar. Pero hay que considerar que los hombres que sitian una ciudad enfrentando tales peligros llegan a desesperarse ante sus propias privaciones y sufrimientos, y una vez que cruzan sus muros, exaltados por la victoria, impelidos por el deseo de bebida, y locos por ella, no se paran ante nada: están literalmente locos y difícilmente conscientes de lo que hacen en ese estado de excitación. No digo esto como justificación, sólo señalo que he observado la naturaleza humana en estas ocasiones”¹⁰.

Pero no es toda la culpa de las tropas inglesas o portuguesas. También los españoles contribuyen a esa horrible desgracia:

⁹E. COSTELO, *The Adventures of a Soldier; or Memoirs*, London, Henry Colburn, 1841, p. 177.

¹⁰*Ibidem.*, p. 179.

“El grupo de pícaros –la desgracia en todas las ciudades grandes– tan pronto como se abrió el almacén del brandy de la catedral y se emborracharon, se unió para cometer toda suerte de brutalidades. Teniendo un cocimiento de la ciudad mayor, dirigieron a los ingleses y a los portugueses hacia las casas de los habitantes principales y más ricos, y una vez que habían abierto las puertas compartieron destrozos y delitos”¹¹.

A pesar de reconocer las grandes dotes militares de Lord Wellington y de aceptar las críticas que se le hicieron a los distintos ataques a las ciudades, se dice que contraviniendo las órdenes, el teniente general Edward Cust admite que

“los laureles de victoria se empañan siempre cuando soldados con armas se sienten liberados del freno de la disciplina; el hombre se convierte en un demonio cuando la lujuria desenfadada y la codicia desatada se ven libres en la oscuridad de la noche. Durante dos días y dos noches, Satanás reinó triunfantemente dentro de los muros de la ciudad conquistada”¹².

Parece también que, entre tanto horror, algunos militares son capaces de reflejar en sus escritos distintos sentimientos, sensaciones, miedos lógicos al entrar en combate e incluso sus últimas voluntades:

“Los efectos que se producían en las personas eran varios. Había una charla poco frecuente, un recuerdo de escenas olvidadas, un amable flujo de sentimientos que suavizaban al rudo soldado, entristeciéndolo de algún modo, pero volviéndolo más agradable. Se escribieron muchas cartas a amigos ausentes durante aquel día, en un tono más cariñoso de lo normal; y se daban y recibían muchas órdenes por escrito, en el caso de que alguien de cualquier bando cayera.

Cuanto más cercano era el ataque, más se recluían los soldados en ellos mismos; sin embargo no aparecía ninguna muestra de miedo o

¹¹ W. HENRY, *op. cit.*, p. 75.

¹² SIR E. CUST, *Annals of the Wars of the Nineteenth Century, Compiled from the Most Authentic Histories of the Period*, London, John Murray, 1863, pp. 202-3.

de duda ante el éxito; cada sentimiento se mostraba con naturalidad y hombría”¹³.

La Batalla de La Albuera, considerada por la mayoría de los escritores una de las más cruentas (murieron alrededor de 14.000 hombres entre los dos bandos) nos deja un gran número de relatos, no sólo aquellos que se refieren a las tácticas militares¹⁴ sino también los que nos hablan del comportamiento de los españoles con los ingleses después de la batalla:

“En esta ocasión los españoles se comportaron de manera infame. Ningún habitante, a pesar de poseer amplios medios, nos proporcionó la más mínima ayuda, ni siquiera para enterrar a los muertos. El maíz escondido en Talavera, por sí solo, bastaba para alimentar al ejército durante un mes; pero las tropas se morían de hambre, aunque los habitantes, que habían cruzado el Tajo con sus pertenencias al comienzo de la batalla, habían vuelto ya. Esta conducta dejó una imagen imborrable en las mentes de los soldados ingleses. Desde ese momento su desprecio y disgusto con los españoles nunca se borró. El motivo principal en la guerra con esta gente era un rencor personal: así, aquellas tropas que se comportaban tan mal en acción y los habitantes que del mismo modo negaban su solidaridad y ayuda de los ingleses, a cuyo coraje deben la conservación de su ciudad, estaban muy ocupados después de la batalla, en machacarle los sesos a los franceses heridos que yacían en el campo;

¹³ *Tales of the Wars; or, Naval and Military Chronicle, op. cit.*, p. 92.

¹⁴ “The annals of warfare often tell us that in all actions there is one critical and decisive moment which will give the victory to the General who knows how to discover and secure it. When the Guards first made their rash, Sir Arthur Wellesley, foreseeing the issue of it, had ordered the 48th down from the hill, although a rough battle was going on there, and at the same time he ordered Cotton’s light cavalry to advance. These dispositions gained the day” (*Memoirs of a Sergeant Late in the Forty-Third Light Infantry Regiment, Previously and During the Peninsular War*, London, John Mason, 1835, p. 71); Marshall Suchet, *Memoirs of the Wars in Spain, from 1808 to 1814*, London, Henry Colburn, 1829; General Sir Hew Dalrymple, *Memoir of His Proceedings as Connected with the Affairs of Spain and the Commencement of the Peninsular War*, London, Thomas and William Boone, 1830 y General Charles William Vane, *Story of the Peninsular War*, London, Henry Colburn, 1848.

y sólo eran controlados por soldados ingleses, quienes de vez en cuando, disparaban a los autores de tan horrible iniquidad”¹⁵.

Los militares británicos destacan en esta batalla la sabiduría de Beresford al separar las tropas portuguesas de las españolas, a las que ni siquiera Wellington consigue disciplinar. Los dos países, según Hewitt, se envidian y desprecian, y aunque ambos sufren al mismo enemigo que desean destruir, es difícil que se unan para luchar juntos, más bien lucharían uno contra otro¹⁶. Este militar se suma a las críticas al comportamiento de los españoles con los ingleses lamentando, por ejemplo, que tuvieron que luchar en la batalla de Talavera soportando un gran calor y con los estómagos vacíos. Y que cuando llegaron los franceses, ellos sí que encontraron suficiente comida para vivir meses. “Nunca, en la historia de las guerras podrán olvidarse la crueldad y la ingratitud españolas”, y añade

“si alguna vez Gran Bretaña pudiera entender de qué manera han sido tratados los soldados británicos por los españoles, se arrepentirían amargamente de haber derramado sangre por quienes no tienen la humanidad de los salvajes. Los salvajes llorarían por el sufrimiento de un libertador, pero estos villanos de sangre fría tratarán las peticiones de nuestro Comandante con desdén, y jurarán que sus soldados se están aprovechando cuando en verdad están literalmente muriéndose de hambre. Para ver su cobardía, brutalidad bestial, su abominable egoísmo y falta de humanidad es suficiente con desear que ojalá fueran nuestros enemigos en vez de supuestos aliados”¹⁷.

Califica al General Cuesta de asesino cuando quiere fusilar a cuarenta o cincuenta soldados que abandonaron el campo de batalla, lo mismo que hizo él, subraya Hewitt, pero que pudo evitar su Comandante inglés. Con todo esto, le pregunta a su mujer si todavía sigue queriendo venir a España.

¹⁵ A SERGEANT, *Memoirs of a Sergeant Late in the Forty-Third Light Infantry Regiment, Previously and During the Peninsular War*, London, John Mason, 1835, p. 73.

¹⁶ Rev. R. COBBOLD, *op. cit.*, p. 114.

¹⁷ *Ibidem*, p. 32.

Larparent habla de las transacciones comerciales entre los ingleses y los españoles a los que adjudica cierta dosis de venganza:

“Los españoles venden de todo como los judíos y, naturalmente, son exagerados, rácanos y avariciosos. Engañan a nuestros compañeros todo lo que pueden, y ellos consiguen todo lo que pueden gratis. Con todo, sin embargo, creo que hacemos un beneficio al país”¹⁸.

Existen otros militares, como Moyle Sherer, sin embargo, que ante el odio no sólo poco caritativo sino inmerecido con el que hablan algunos militares ingleses de las proezas españolas aseguran que

“el generoso y temerario ardor con el que los españoles corrieron los primeros hacia las armas, [...] la heroica perseverancia con la que soportaron el trabajo duro, las privaciones y las derrotas, la incansable determinación con la que, a pesar de esas diarias derrotas, todavía se presentaban ante las legiones victoriosas de un enemigo valiente y capaz, y se retiraban de un campo sólo para ofrecerse como víctimas voluntarias en otro, el ejemplo sin parangón del heroísmo con el que Zaragoza y otras ciudades fueron defendidas por su habitantes, sin distinción de sexo y edad; todo esto fueron hechos, que deberían ser conocidos por mis compatriotas y que se mantendrán con entusiasmo y agrado en el recuerdo del soldado imparcial y de los hombres buenos”¹⁹.

Y por supuesto, existen también escritos de militares que podrían considerarse verdaderos relatos de viajes. El Capitán William Stothert, por ejemplo, lamenta que a la muerte del Marqués de Pombal en Portugal nadie continuara su labor para mejorar las carreteras de aquel país. De Plasencia destaca los restos de arquitectura morisca, el buen cuidado de las casas y la limpieza de las calles. Hay suficiente provisión de comida –no en vano Plasencia está considerada como una de las comarcas más

¹⁸ F. S. LARPENT, *The Private Journal of F.S. Larparent*, London, Richard Bentley, 1853, p. 68.

¹⁹ M. SHERER, *Recollections of the Peninsula*, London, Longman, Hurst, Rees, Orme, Brown, and Green, 1824, p. 50.

ricas de España²⁰. Stothert describe con todo detalle los monumentos de Mérida y la costumbre que hay en Badajoz y en España en general al caer la tarde, esto es, cuando tañen las campanas de las iglesias y la gente deja sus labores para elevar una plegaria a Dios agradeciéndole otro día²¹. Andrew Leith Hay, anota que “nada de lo que he experimentado en este agradable clima, se puede comparar con la tranquila, plácida, gloriosa y genial sensación que se tiene al atardecer en la Alameda de Badajoz”²². Pero al hablar de los efectos que causa el tifus, de la ausencia de cualquier movimiento por parte del enemigo, de la inactividad de las tropas que parecen meros testigos de la muerte innoble de los mejores y más bravos soldados, escribe también que

“es para que los historiadores detallen, con toda *imparcialidad* y sensatez la razón de estas pérdidas de vida; para un humilde narrador de acontecimientos y circunstancias de las que ha sido testigo, baste con decir, sin ningún grado de apasionamiento, que ni entonces ni ahora he sido capaz de descubrir una razón suficiente para que Lord Wellington sometiera a su ejército a un dolor tan mortal como aparentemente innecesario”²³.

Pero las guerras en definitiva son guerras, y como tales no dejan nada más que destrucción, desolación y muerte. En *Tales of the Wars*, se recoge una escena que fácilmente podría resumir el horror no sólo de esta Guerra de la Independencia, sino también de todas las guerras:

“Volviendo al campamento, pasé por el estrecho camino que cruzaba el foso donde muchos yacían muertos, la mitad en el agua. Apenas había llegado al otro lado cuando ví a una mujer con un niño en brazos y otro agarrado de la mano recorriendo con mirada trastornada cada uno de los muertos y examinándolos con ansiedad. La ví que se acercaba a uno

²⁰ CAPTAIN W. STOTHERT, *A Narrative of the Principal Events of the Campaigns of 1809, 1810, and 1811, in Spain and Portugal*, London, P. Martin, pp. 69 y 110-121.

²¹ *Ibidem*, pp. 110-121.

²² A. LEITH HAY, *A Narrative of the Peninsular War*, London, John Hearne, 1850, p. 132.

²³ *Ibidem*.

cuyo aspecto pareció sobresaltarla (era un granadero del regimiento 83), dudó algunos momentos, como si temiera que la sospecha que cruzó su mente fuera a hacerse realidad. Finalmente, resuelta a desvelar su misterio, soltó al niño de la mano, levantó el cuerpo del soldado muerto (que había caído boca abajo) y mirando sus pálidos rasgos dio un grito desgarrador, y el cuerpo sin vida resbaló de sus brazos. De rodillas, levantó los ojos al cielo, mientras apretaba al bebé contra su pecho convulsivamente. La sangre había desaparecido de su cara y no movía ningún músculo, parecía sin vida y todos sus sentidos estaban nublados por la pena. El niño mayor la miró a la cara con ansiedad durante algún tiempo, al final dijo, “madre, ¿por qué no me hablas? ¿qué te sucede? ¿por qué estás tan pálida? –háblame, madre, háblame”. Una duda pareció cruzar por su mente. Sin prestar atención al niño, volvió a levantar el destrozado cuerpo, miró a la cara y cuidadosamente comprobó el distintivo de su guarnición –pero era demasiado real– era su marido”²⁴.

²⁴ *Tales of the Wars; or, Naval and Military Chronicle*, London, William Mark Clark, 1836, p. 93.

Bibliografía

- SERGEANT, A. *Memoirs of a Sergeant Late in the Forty-Third Light Infantry Regiment, Previously and During the Peninsular War*, London, John Mason, 1835.
- BLAYNEY, MAJOR-GENERAL LORD. *Narrative of a Forced Journey through Spain and France, as A Prisoner of War in the Years 1810 to 1814*. London: E. Kerby, 1814.
- BYNG HALL, HERBERT. *Spain and the Seat of War in Spain*. London: Henry Colburn, 1837.
- COBBOLD, RICHARD REV. *Mary Anne Wellington, The Soldier's Daughter, Wife, and Widow*. London: Henry Colburn, Publisher, 1846.
- COSTELLO, EDWARD. *The Adventures of a Soldier; or Memoirs*. London: Henry Colburn, 1841.
- CUST, EDWARD SIR. *Annals of the Wars of the Nineteenth Century, Compiled from the Most Authentic Histories of the Period*. London: John Murray, 1863.
- DALLAS, ALEXANDER R. C. *Felix Alvarez; or Manners in Spain: Containing Descriptive Accounts of Some of the Prominent Events of the Late Peninsular War*. London: Baldwin, Cradock, and Joy, 1818.
- GURWOOD, LIEUT. COLONEL J. *The Dispatches of Field Marshall the Duke of Wellington, during his various Campaigns in India, Denmark, Portugal, Spain, the Low Countries and France, from 1799 to 1818*. London: John Murray, 1838.
- HENRY, WALTER. *Trifles from My Port-Folio or Recollections of Scenes and Small Adventures during Twenty-Nine Year's Military Service in the Peninsular War and Invasion of France*, by a Staff Surgeon. Quebec: William Neilson, 1839.
- JONES, JOHN THOMAS. *Account of the War in Spain and Portugal and the South of France, from 1808 to 1814 inclusive*. London: T. Egerton, 1821.
- LARPENT, F. S. *The Private Journal of F.S. Larpent*. London: Richard Bentley, 1853.

- LEACH, J. LIEUTENANT-COLONEL. *Rough Sketches of the Life of an Old Soldier*. London: Longman, Rees, Orme, Brown, and Green, 1831.
- LEITH HAY, ANDREW. *A Narrative of the Peninsular War*. London: John Hearne, 1850.
- MAEMPEL, JOHANN CHRISTIAN. *Adventures of a Young Rifleman, in the French and English Armies, during the War in Spain and Portugal, from 1806 to 1816*. London: Henry Colburn, 1826.
- NAPIER, W. F. P. *History of the War in the Peninsula and in the South of France. From the Year 1807 to the Year 1814*. London: Constable and Company Limited, 1992.
- SHERER, MOYLE. *Recollections of the Peninsula*. London: Longman, Hurst, Rees, Orme, Brown, and Green, 1824.
- SOUTHEY, ROBERT. *History of the Peninsular War*. London: John Murray, 1838.
- Tales of the Wars; or, Naval and Military Chronicle*. London: William Mark Clark, 1836.